

José Echeverría

JOSE Echeverría amaba intensamente la vida, y por ello nunca temió la muerte. Como Epicuro, el antiguo filósofo griego, al que dedicó un notable estudio para mostrarnos su verdadero y complejo pensamiento, José amaba los sencillos placeres de la existencia cotidiana, pero sobre todo disfrutaba de la amable compañía y el diálogo con sus familiares, amigos, colegas y estudiantes. Amaba los poetas y a algunos escritores a los que dedicó magníficos estudios donde la belleza y transparente claridad de su estilo se unían a la penetración de su mirada filosófica que nos descubre el sentido presente y latente bajo la aparente opacidad de los textos. Dante, Cervantes, Dostoievski, Machado, Huidobro, Neruda, Vargas Llosa, fueron convocados por nuestro filósofo a un diálogo hermenéutico libre, amable, intenso y revelador sobre los grandes temas de la existencia humana: la identidad, el vivir y el sentido de la vida, el poder, el ser, el morir y la muerte.

José aceptaba profunda y serenamente la finitud de la vida humana. A diferencia de otros filósofos, nunca creyó, como también lo dice el sentido común, que la muerte fuera la negación del sentido de la vida. Más aún, veía en el morir, como lúcida experiencia de ello, la pauta ética de la existencia humana. Por una parte, sostuvo que el morir la experiencia de la proximidad de nuestra muerte, de ese tiempo en que ya no tenemos futuro y nuestro pasado se hace uno con nuestro presente nos permitía descubrir el sentido de la totalidad de nuestra vida. Por otra, formuló la tesis de que era el término, la causa final de la existencia humana. Ahí podríamos alcanzar, como Don Quijote de retorno a su hogar, "la verdad de nuestra identidad, de lo que hemos sido y somos. El morir es la hora de la verdad: la hora que nos indica lo que en verdad hubo en nuestro vivir, lo que ha sido para nosotros el ser de verdad".

Desde nuestra dolorosa tristeza, su definitiva partida nos ha revelado y le ha conferido al recuerdo de su palabra y a su obra, un nuevo significado. Nos hace ver, se diría, con una claridad casi abrumadora, que su pensamiento no fue sólo teoría o mera contemplación sobre la vida humana, sino que fue una filosofía práctica que se encarnó en su propia biografía. Su reflexión sobre la existencia humana fue una ética asumida que nos invita, a partir de un proyecto libremente asumido, a construir día a día el sentido de nuestra vida, como una bella, digna y armoniosa existencia. Nos convoca a definir libre y decididamente nuestra propia identidad, a luchar por realizarla y a contribuir a la creación y realización de proyectos colectivos que hagan posible que todos los hombres puedan vivir con sentido y dignidad. En un mundo desencantado, signado por la muerte de Dios, y del fin de las utopías del progreso y de la revolución, como nos muestra en su última hora José Echeverría, él tuvo el sereno valor, carente de ingenuidad, de sostener no sólo que todos teníamos derecho a buscar nuestra felicidad, sino que éste era nuestro principal deber: intentar ser libres y felices.

Jorge Vergara Estévez